Café Gijón

Decidme, muchachos,
que el caso es sencillo:
El café que le gusta a los
hombres…
¿Cuál es?…
¡¡El caracolillo!!

Lucía Pastor cantaba entre las mesas del Café Gijón para amenizar las tardes mortecinas de un Madrid que era casi inhabitable. En invierno, la nieve cubría por completo el Paseo de Recoletos, e impedía el tránsito de los carruajes. En verano, las vaharadas de polvo de los caminos hacían que toda la capital estuviera cubierta de una fina película de ocre. Hacía unos años, allá por el último cuarto del XIX, en mayo de 1888, Gumersindo Gómez, asturiano trabajador, acababa de regresar de Cuba, donde trabajando de sol a sol había amasado una pequeña fortuna. Llegó convertido en indiano, y quiso el destino que encontrara en Madrid un lugar en el que instalar lo que había sido la ilusión de su vida: Un café de postín, de suelos de baldosas imitando un tablero de damas, de larga barra lustrosa, y de camareros vestidos casi como generales del ejército prusiano. De nombre, como homenaje a la tierra que le vio nacer, Gumersindo Gómez puso a su café Gran Café Gijón.

Su local estaba destinado a convertirse en un punto de referencia inigualable en la España política, cultural y social durante generaciones. Aun hoy, mirando los viejos butacones de terciopelo grana, los marcos dorados de los espejos, la barra de piedra color café con leche, las columnas de reminiscencias griegas pintadas de crema, las mesas de mármol veteado de negro y blanco, o los inestables taburetes de la barra, podemos imaginarnos sin esfuerzo a Orson Welles discutiendo con su amigo Joseph Cotten o a Madame Pimentón, con sus polvos de arroz y su carmín sangrante, a Cela con su primer ejemplar de La Colmena fresco de tinta bajo el brazo, a José Canalejas, Santiago Ramón y Cajal, Benito Pérez Galdós, Azorín, Pio Baroja, por citar tan sólo a alguno de los clientes ilustres que, con su inimitable figura, han pintado líneas imborrables en la historia del Gran Café Gijón. Los olores pardos de sus cafés de antaño todavía tienen eco en las paredes de madera.

Y todo girando alrededor del café. Hoy se sirve en el Gijón un delicioso café Bahía Mexicana, mezclado con menús del día para turistas, paellitas y demás consumiciones que ayudan al local a ir tirando porque, como dice Ángel, uno de sus propietarios, *"con el cafelito y un vasito de agua ya no se vive"*. Ángel lleva más de 20 años en el Café, primero como empleado, y desde hace 3 como propietario, cargo que comparte con su amigo Goyo. Ha visto cómo otros cafés no se han renovado como el Gijón, y han tenido que cerrar sus puertas: el Dion, el Roma, el Madrid… son nombres para el recuerdo, hundidos bajo los impuestos y las deudas. *"Aquí ha venido el alcalde, ha dicho que esto es muy importante, que hay que conservarlo, pero de ayudas, nada… Impuestos como el que más. Los tiempos han estado muy difíciles… En la posguerra, la gente pedía un vasito de agua con bicarbonato, el sueldo no daba ni para un café. En la transición, hemos tenido que tener guardia en la puerta… Una vez, hasta un chico entró con un bidón de gasolina para quemar el local… Y ahora, a dar paellas a los turistas en la terraza: Ya ves lo bien que va."*

Pero si algo ha hecho famoso al Gijón han sido las tertulias, girando todas en torno a las tazas de café que rezan en letra caligráfica azul el nombre del establecimiento. *"Ahí, en la cuatro, junto a la ventana, se ponen los poetas a las cuatro de la tarde, todos los días: les tenemos la mesa reservada. Buero Vallejo estaba siempre con ellos. Y Vicent viene todos los días a las cinco a esta mesa que está más acá. Los martes por la tarde, tocan los pintores plásticos, todos estos cuadros que ves aquí son de ellos. Y los domingos por la mañana se ponen en aquella esquina del fondo los de Bellas Artes"*. Angel va señalando las mesas, y cuenta que recuerda estas tertulias, estos horarios, desde siempre. Siempre ha sido así, siempre se ha servido el mismo café, a las mismas horas, siempre se ha cultivado el gusto por la palabra y el sabor amargo pero profundo

del Bahía Mexicana. *"Hay clientes que llevan más de un cuarto de siglo viniendo al Gijón y sentándose en la misma mesa para hablar de casi lo mismo"*.

En la época de Gumersindo Gómez nadie se paraba en la barra más que los camareros. Siempre había tiempo para sentarse en una de las mesas de mármol y hablar ante una taza. *"Hoy la juventud no sigue la tradición"* -se queja Ángel- *"Antes una silla del Gijón valía más que una letra de la Real Academia… Hoy…"* Hoy su clientela cuenta con nombres tan ilustres como Raúl del Pozo, Francisco Umbral o Pérez Reverte, pero los más jóvenes están de paso. Sin embargo, el Gijón no cesa en su empeño de ser un bastión de la cultura: Desde hace más de 20 años, se patrocina junto con el ayuntamiento de Gijón un premio para jóvenes escritores, el corcho que está encima de la caja registradora siempre está abierto a que alguien anuncie, clavando en él una nota, el siguiente homenaje a un tertuliano ilustre, y José estará encantado de servirle la comida aunque tenga ya dos libros publicados. Detalles como ese auguran, al menos, otros cien años dando Bahías Mexicana desde el corazón del viejo Madrid.

Fabián Barrio